

No todo lo que brilla es oro: cultura visual y geología en las minas de esmeraldas de Muzo

Cada país recibió en dote del Creador señaladas producciones naturales para atender á su subsistencia. Al cultivo y elaboración de ellas debe sujetarse el hombre, por necesidad y conveniencia, sin perder el tiempo en reflexionar si sería mejor ocuparse en otra cosa. Las naciones, como los individuos, tienen su vocación especial, y son desgraciadas como ellos si llegan á serle indiferentes. Colombia fue dotada con los metales preciosos, que con munífica profusión se hallan distribuidos en los veneros que asoman por sus cordilleras y en los placeres que enriquecen las hoyas de sus ríos.

Vicente Restrepo Maya

EL PAISAJE como concepto en el siglo XIX es una elaboración desde las artes, la filosofía, la literatura y las ciencias. En especial, en la geología y la geografía se van a sustentar nuevas formas de entendimiento del territorio, sus significados y sus alegorías. La llegada a Colombia de un grupo de “científicos” desde Europa supone reafirmar el territorio como el lugar fértil y productivo que remite a una naturaleza extensa e indomable, la cual debe ser, ante todo, aprovechada. Existe un retorno a esta idea colonial de un jardín precioso lleno de riquezas infinitas, aunque en el caso colombiano esta mención de origen cultural y religioso se adecúe a una simbología local cuya consecuencia es pensar el paisaje como un espacio metafóricamente delimitado por la materialidad de las montañas, el río, el mar, las costas y los llanos¹.

La cita con la que inicia este artículo pertenece al libro *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, publicado en 1888 por Vicente Restrepo Maya (1837-1899), quien no solo había estudiado en la Escuela de Minas en París, sino que también se dedicaría a la actividad de la minería en la región antioqueña y sería uno de los precursores de la fotografía en Colombia. A Restrepo Maya le interesan dos aspectos en su libro sobre la minería en Colombia. En primer lugar, las minas como vocación. El trabajo en las minas y su producto

1. Humboldt fue uno de los que rescató esa idea del Nuevo Mundo como el espacio primario que se menciona en el Génesis. En su libro *Ansichten der Natur* pone en boca de Colón esa poderosa imagen: “La dulce fresca que al calor del día reemplazaba la transparente pureza del estrellado cielo, el balsámico perfume de las flores que las brisas de tierra arrastraban, llevaron la creencia al ánimo de Colón, según Herrera, de que el jardín del Edén, santa morada del primer hombre, se hallaba próximo”.

dejan de ser un recurso de la mitología, de aquellos que buscaban El Dorado sin alcanzarlo nunca; más bien, se trata de concebir estos lugares como un fruto, el más apetecido de todos, un producto directo de la tierra que demuestra inexorablemente la singularidad del subsuelo colombiano. En segundo lugar, el espacio donde se configura esta prodigalidad, que no es otro que la cordillera y el río, cuya conexión temporal es tan pretérita e inmemorial como el mismo tiempo del Creador.

El libro de Restrepo debe ser entendido como uno de los muchos intentos por comprender el territorio como el lugar donde, especialmente después de la Independencia, se piensa cierta identidad nacional, basándose en unas metáforas que conciben la naturaleza como un producto artístico (*natura artifex*). Existe un pensamiento económico y artístico que está conectado a un tipo de representación geográfica. El territorio pasa a ser una especie de ensamblaje, un montaje de múltiples elementos que incluyen la superficie, los límites físicos, especialmente la cordillera, los recursos “naturales” como el oro y las esmeraldas. De otro lado, es el lugar donde se reproducen unas políticas sobre lo propio, un laboratorio en el cual la naturaleza es concebida como una máquina (*machina mundi*). En este sentido, el territorio como término no se puede de ninguna manera reducir a una cuestión de la geografía de las cosas visibles. A la par que la geografía y la geología, ciencias que vivían su apogeo en la misma época, la cultura visual creará unas conexiones entre una morfología del lugar y unas concepciones religiosas, económicas y políticas que entienden el territorio como un espacio de identificación natural. Una concepción que hace eco a los postulados filosóficos y científicos que desde el siglo XVIII proponen la naturaleza como un ente pasivo y mecánico lleno de recursos materiales que el hombre debe domesticar (Tsing, 2015, pp. 10-20).

Este artículo quiere examinar cuatro fotografías tempranas del siglo XIX sobre las minas de Muzo y su relación con ciertas formas simbólicas de orden económico, político y cultural que ayudan a pensar la imagen y su construcción dentro de un complejo universo visual, vinculado a unas alegorías sobre el territorio, la mina y sus trabajadores.

A finales de siglo XIX, el viajero español José María Gutiérrez de Alba (1822-1897) finaliza sus memorias de viajes a Colombia, tituladas *Impresiones de un viaje a América*, en diez tomos. El manuscrito, que hace poco ingresó a una de las más importantes colecciones de viajeros del continente, en la colección de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, es un collage de escritura e imágenes sobre los recorridos de este español por diferentes regiones del país. En el tomo VII, que lleva el título de *Expedición al Norte*, el autor presenta cuatro fotografías de autoría anónima y sin fecha de ejecución, únicas en el contexto colombiano, sobre las minas de Muzo. A pesar de que otros viajeros ya habían usado fotografías para ilustrar sus viajes y publicaciones, el caso de Gutiérrez de Alba es especial pues el suyo es un manuscrito que no fue publicado y, por tanto, todas sus imágenes, entre otras sus fotografías,

hacen parte de una fuente primaria excepcional para el estudio de viajeros en el siglo XIX.

La primera de esta serie de imágenes sobre la mina muestra paradójicamente el espesor de una vegetación que a simple vista pareciera impenetrable (ver imagen 1). La etimología de la palabra “selva” en español está ligada a la palabra griega *hyle*, que hace referencia a la materia. La selva como metáfora de una materia que podemos ver pero que también está más allá de la superficie visual. La imagen desborda sus límites pictóricos en esta selva vertical; la contemplación ya no pertenece al mundo de la profundidad aérea sino que, al contrario, esa naturaleza se presenta frente al espectador como una entidad en sí misma, autónoma, que tiene el poder de engañar, suplantar, devorar.

Esta imagen presenta un paisaje ideal primigenio, todavía no ordenado por el hombre, que a la vez está plagado de metáforas sobre esa naturaleza americana en la que no parece existir ningún camino, ninguna puerta de entrada. En esta tupida vegetación se puede dilucidar la categoría de lo sublime que, como una manifestación estética y personal, se identifica con cierto horror a la vez violento y placentero de la mirada del espectador frente al paisaje americano. Una geografía que a simple vista muestra un paisaje selvático en penumbra; la técnica de la fotografía ayuda a reafirmar con un claroscuro la fascinación ausente por aquello que el ojo no ve. Esta atracción romántica por lo desconocido, propia de la época, está en la base de una doble concepción que remite a una idea de lo visible y lo oculto. La imagen muestra cómo esta duplicidad se vuelve un hecho a través de la imagen misma, la fotografía refiere tanto a unas simbologías como a unas formas matéricas del paisaje que se vinculan a unas relaciones con la experiencia; de esta manera, el olfato, el tacto y la visión constituyen formas propias de conocimiento y entendimiento del paisaje y sus múltiples concepciones.

El mencionado tomo incluye también la descripción de las minas de Muzo, que Gutiérrez de Alba visitó mientras recorría parajes importantes de los actuales territorios de Boyacá y el Tolima. Además de referirse a algunos lugares geológicos, el autor, en una suerte de conexión con el pasado y la historia del país, asocia su estadía allí con dos acontecimientos simbólicos para el país: la Virgen de Chiquinquirá y la visita de Humboldt a Colombia:

[...] supe que la casa, que primero me sirvió de hospedaje, fue también la que dio albergue al Barón Alejandro de Humboldt, a su paso por estos lugares, y que en una de las habitaciones del piso bajo de la que nos hallábamos en aquel momento, vivió Alonso de Narváez, y en ella pintó el cuadro tan célebre de la Virgen del Rosario, que se venera en la ciudad de Chiquinquirá. (p. 42)

No es de extrañar este tipo de asociaciones entre hechos históricos y la ficción en la escritura de los viajeros del siglo XIX, lo que muestra un vínculo

esencial entre la escritura y unas políticas coloniales, visible también en su insistencia en crear relaciones entre el presente y el pasado. El viaje y las memorias del viajero sirven para demostrar filiaciones profundas tanto políticas como religiosas a cierta autoridad que involucra una manera de pensar la historia desde el relato teleológico, una historia cuya intencionalidad es ante todo civilizatoria, de dominación y expropiación.

Ante la geografía que circunda las minas de Muzo, Gutiérrez de Alba se enfrenta a cierta ambigüedad: el territorio visitado está lejos de ser un lugar avanzado; al contrario, sus alrededores están plagados de la desdicha y la desposesión material de sus habitantes. Esta ausencia de lo material y lo cultural perturba al viajero continuamente, pues la proyección de su viaje está relacionada con una alegoría constante de la búsqueda de lo que es bello, útil, que merece ser tanto contemplado como registrado en sus memorias.

Gutiérrez de Alba consigue llegar a las minas después de meses de viaje, y quien lo recibe es “el Sr. Lehmann, caballero francés, director gerente de la sociedad que explota las minas” (p. 153). Además de ser el guía, Lehmann “tuvo la amabilidad de regalarme varias fotografías del establecimiento” (p. 156), antes de verlo con sus propios ojos. Gutiérrez de Alba no se refiere a las cualidades estéticas de las fotografías, sino que describe su experiencia en el interior de la mina, de la siguiente manera:

Al regresar a la casa, nos encontramos con un aviso del Sr. Lehmann, para que bajásemos al socavón principal, donde él se hallaba. Acudimos inmediatamente y vimos con placer que el objeto que este Sr. se proponía, al llamarnos, era el de que presenciásemos la extracción de un considerable número de esmeraldas que se acababa de descubrir en una de las capas inferiores. Hallábase este depósito, como ordinariamente sucede, entre una veta de cuarzo, desmenuzado en parte, hasta el punto de parecer arena lavada. Encuéntanse las esmeraldas ordinariamente en senos o depósitos más o menos grandes, rodeados de una capa más o menos densa del mismo cuarzo, y a veces de espato calizo, y las cristalizaciones son siempre hexaedros terminados por uno de sus extremos en pirámide hexagonal y por el otro adheridos a la ganga, con una forma irregular y llena de escabrosidades. En una hora, próximamente, la extracción no bajaría de un ciento de estas preciosas piedras, algunas de las cuales eran de bastante mérito y considerable valor intrínseco.

La permanencia en aquel lugar es sumamente agradable; y *la agreste soledad de aquellas montañas*, con la inmensa variedad de aves que las pueblan, de los brillantes y zumbadores insectos que por todas partes se agitan, las brisas que murmuran entre el follaje, y las cascadas que por donde quiera se despeñan, contrastan singularmente con el silencio monótono de las llanuras y páramos elevados de otras regiones, *donde la naturaleza permanece siempre dormida o aletargada.* (p. 157)
[destacados del autor]

La búsqueda de esmeraldas, según las palabras de Gutiérrez de Alba, conlleva una alegoría de la revelación, como un descubrimiento en el fondo de la cordillera. Para esto, se necesita dominar la selva con anticipación, podar los árboles y perforar la roca, abrir un orificio de entrada y salida, un camino de ida y vuelta. Este acto, simbólicamente, parece el de un arqueólogo que de manera cuidadosa busca objetos delicados como signos de cierta materialidad. Así mismo, se revela que estas piedras cubiertas con una arcilla se funden en una especie de figura alegórica de nacimiento; el minero encarna el instrumento a través del cual el fruto finalmente consigue emerger. Nacer desde la montaña como un proceso que para Gutiérrez de Alba es un acto prodigioso de quien encuentra El Dorado en medio de esa naturaleza tropical. De hecho, no es cualquier naturaleza; se trata de una agreste y permeada por la soledad, como si necesitara siempre de la mano humana para despertarse. Esta figura evoca la imagen clásica, realizada en el siglo XVII por Theodoor Galle, en la que América es representada como una mujer que se despierta en el encuentro con el europeo. Todas estas alegorías de las Américas tan ampliamente difundidas reflejan una idea del poder colonial, que percibe a los habitantes, y en especial el territorio, como lugares de consumo, en términos tanto materiales como espirituales (Watson, 2015, pp. 80-90). Tal visión esta sustentada desde unas perspectivas antropocéntricas dualistas en las cuales la naturaleza y el hombre están en esquinas opuestas, altamente jerarquizadas, en las que existen además ciertas lógicas de dominación. En este caso, la naturaleza está más asociada con la mujer y, por tanto, la una como la otra se identifican con los valores de lo irracional o lo emocional, contrarios a aquellos de la mente y la razón.

En las otras tres fotografías que publica Gutiérrez de Alba en sus memorias se puede observar el interior de la cordillera (ver imágenes 2, 3 y 4). Dos de ellas muestran la montaña a través de la ausencia de la selva inhóspita y ahora el lente de la cámara visibiliza la cordillera abierta. En la primera de estas, existe una estructura triangular en relación con la cascada de agua que cae detrás de los trabajadores, dispuestos de tal manera que parecieran emerger desde el interior de la mina. Estas figuras masculinas y femeninas, casi como espectros uniformes, están mirando a la cámara con gestos que suponen cierta comunión entre la geografía de la montaña, el interior de la mina y la mirada de los espectadores. Existe allí una aparente correspondencia o comunión entre lo humano y lo no humano, es decir, entre los trabajadores y los elementos naturales que los rodean. Estas dos entidades, tan estrictamente separadas en los discursos científicos y humanistas, parecen habitar el mismo lugar o, mejor, pertenecer una a la otra en la imagen.

Desde otra perspectiva, estas fotografías actúan como grandes vistas del esplendor material de la naturaleza en los Andes. A partir de una simbología realista, el territorio mismo y los cuerpos de aquellos nativos se funden como agentes materiales del trabajo. En este sentido, lejos de distinguir su posición, las fotografías

mistifican el retrato conjunto de estos trabajadores como un marcador de la diferencia, encubriendo la fragilidad, la desposesión, la cruenta cotidianidad del trabajo casi esclavo, bajo un manto de cierta elaboración estética que se logra, de manera paradójica, debido al ojo supuestamente objetivo de la máquina fotográfica. La imagen interviene, finalmente, como un arquetipo racial que muestra conexiones históricas y afiliaciones visuales del indígena y el negro como los trabajadores de las minas (Navarrete, 2005)². La otredad se despliega a partir de la geografía de un territorio que permite vincular unas ontologías del paisaje con unas estructuras de poder que dejan a la mayoría de la población en una condición que es revisitada por los viajeros a través de los ojos de la posesión y al mismo tiempo de la desposesión tanto del paisaje como de quien habita el territorio. No es gratuito que, de las cuatro fotografías, tres de ellas hayan sido tituladas por el mismo Gutiérrez de Alba bajo la indicación que enfatiza el lugar habitado por el otro en ese universo material, visual y espiritual de la imagen: “trabajadores” “trabajo” y “trabajando” (ver imágenes).

En suma, dos visiones se juntan bajo un evidente sesgo colonial occidental y son, por un lado, el paisaje como un espacio creado por Dios, tanto primitivo como sagrado, y por otro, el jardín del hombre que comprende que el cultivo de la tierra americana está basado en la idea de exploración y explotación. Esta simbología está asociada a una concepción occidental moderna que presupone que estas nuevas naciones debían reescribir, pero en especial recomenzar, un cierto impulso histórico que de nuevo ubica la figura del hombre blanco como el encargado de esta tarea capital. Sin duda, la visión de una tierra poseída, útil y cultivada va a ser considerada un importante símbolo de transición de una sociedad que aún está en una etapa “primitiva” pero que contiene todos los elementos hacia un futuro que conlleva desde luego la añorada modernidad mecánica e industrial.

La imagen y la escritura en las minas de Muzo están estrechamente relacionadas, por un lado, con unas prácticas y unos discursos que bien podrían ser del orden del capital, que tienen como soporte un aparato científico, y por el otro lado, con la idea de exploración de este nuevo país, un recorrido cuyo objetivo central aparentemente es conocer, describir, medir. Es decir, una mediación entre aquello que debería ser rentable, parte esencial de las políticas económicas globales de capital, y unas búsquedas ya fueran del orden artístico o personal menos apoyadas en un discurso capitalista, en apariencia. Estas relaciones no son del todo evidentes, ni directas, pero hacen parte de esa multiplicidad con la que el país se enfrenta como nación independiente a pensar su territorio como un lugar en el que se habita a partir de la simbología de la abundancia de su suelo. La minería y sus recursos visuales se vinculan en un juego positivo que pasa a ser objeto de toda

2. La autora muestra en especial la transición ocurrida en el grupo de población que trabajaba en las minas, el cual durante el siglo XVII comenzó a tener una afluencia significativa de población esclava, sobre todo en Antioquia y Popayán.

clase de idealizaciones, tan fuertemente propagadas y establecidas que, hasta el día de hoy, pensamos que nuestro territorio está cubierto por toda clase de tesoros.

Alejandro Garay Celeita

Referencias

Gutiérrez de Alba, J. M. (2016). *Impresiones de un viaje a América, t. VII, Expedición al Norte*. Ediciones Banco de la República (versión PDF).

Navarrete, M. C. (2005). *Génesis y desarrollo de la esclavitud en Colombia, siglos XVI y XVII*. Editorial de la Universidad del Valle.

Tsing, A. L. (2015). *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press.

Watson, K. L. (2015). *Insatiable Appetites. Imperial Encounters with Cannibals in the North Atlantic World*. New York University Press.

Nota: para consultar las imágenes de apoyo de este artículo, por favor remitirse al inserto.